

# LA MAQUINA Y LA DESHUMANIZACION DEL TRABAJO

## EL PROGRESO TECNOLÓGICO EN NUESTRO TIEMPO

LOS efectos del progreso tecnológico sobre la producción material han llevado a la transformación profunda de la vida humana en los últimos años. Su acción histórica inmediata ha consistido en haber reorganizado las formas de vida de los grupos sociales y, asimismo, en haber movilizadado a los individuos del cuerpo societario hacia nuevas relaciones de *estatus*, dentro también de nuevas estructuras socio-económicas y culturales. Por añadidura, el progreso tecnológico ha conducido a un formidable desarrollo del hedonismo en la orientación del carácter social contemporáneo. Vivimos, pues, dentro de nuevas atracciones históricas, mientras en nuestro espacio mental se presentan grandes intranquilidades acerca de nuestro destino. La crisis de conciencia de nuestro tiempo, a que se alude continuamente, no es otra cosa que la formulación imprecisa de esta expansión material del mundo exterior planteada dentro de nuestra vida intelectual.

Las proporciones del mundo material utilizable por la civilización de nuestra época son, por otra parte, tan inmensas que nuestra cultura empieza a sufrir los problemas derivados de la acumulación abrumadora de esta abundancia sobre su propia organización social. En su expresión individual, la vasta experiencia colectiva de la época es imposible asimilarla integralmente y, por lo mismo, el hombre de hoy la asume de modo fragmentario. Así, nuestra vida interior se ha convertido en una conversación de múltiples interrogantes y de complejas determinaciones, con ape-

nas respuesta explícita acerca del lugar concreto que los hombres deben ocupar dentro de su propia sociedad.

Como respuesta positiva a su necesidad de eficacia, el ser humano ha comenzado, además, a organizar su mundo en celdas cada vez más pequeñas, en tanto que paradójicamente han aumentado sus relaciones sociales y su realidad histórica se ha hecho más compleja y precaria que nunca. El hombre social de hoy está perdido en la selva de su propia producción, material y espiritual, y mientras este progreso tecnológico continúa acumulando bienes, la incomodidad humana es todavía mayor que lo haya sido antes. El sistema general e íntimo de nuestra experiencia está inmerso en angustias metafísicas y en temores imprecisos acerca de nuestra existencia, y todo ello ocurre al mismo tiempo que nos envuelve la eufórica sensación de que nunca ha existido en la historia de nuestra especie un sentimiento tan arrebatador de fuerza colectiva como la que hoy manipulamos.

Dentro de este diverso escenario material provisto por la tecnología está el mundo del trabajo humano. Por ser la forma específica de producir bienes, el trabajo humano tiene una categoría fundamental en nuestra vida. Hoy el estudio de sus complejas facetas —técnicas, psicológicas y ambientales en general constituye una de las principales ocupaciones de las ciencias sociales, y en este sentido resulta importantísimo destacar algunos aspectos de la situación obrera en relación con la máquina.

Por vía de entrada podemos decir que el progreso tecnológico no sólo ha servido para producir más bienes y efectuar nuevas funciones sociales, sino también para establecer modos específicos de relacionarse el individuo con la máquina, modos en realidad nuevos de percibirla. Algunas de las consecuencias de este relacionarse han sido, entre otras muchas, la creciente especialización minuciosa del trabajo y la progresiva pérdida de dominio y de manipulación del obrero sobre la máquina que se le asigna en la fábrica contemporánea. Y quizá el hecho más fundamental de este cambio esté dado por la supresión relativa del empleo de herramientas por el obrero y el incremento, en su lugar, de las máquinas.

En esta situación cabe una doble circunstancia. Por una parte, el obrero, microespecializado y en relación con la máquina técnicamente disminuído, y por otra, este obrero viviendo con un mejor nivel de vida y dentro de unas condiciones materiales de trabajo superiores a las del pasado. Esta dicotomía representa en el primer caso, que el obrero sabe actualmente muy poco de la estructura y el proceso integral laboral de que forma parte, y el segundo, que el mundo fabril es el cobijo de un formidable desarrollo tecnológico, válido también en el sentido de haber mejorado muchísimo las formas del trabajo. Nosotros discutiremos aquí el significado de las relaciones del obrero con la máquina; en concreto exhibiremos lo que consideramos pérdida progresiva de su dominio creador sobre el trabajo que ejecuta.

Asumiendo que la máquina ha ido adquiriendo la mayor parte de las operaciones que se refieren a la manipulación de los productos, y que en ciertos sentidos se comporta de un modo autosuficiente, puede plantearse que el obrero que labora dentro de los vastos sistemas productivos de nuestra época, tiende a sentirse colocado en una posición marginal si se le considera en función de creador de productos. Esto por lo que se refiere a los procesos intelectuales y manuales en que incurre el trabajo individualmente considerado, en particular aquel tipo de trabajo que suprime las herramientas manuales.

La máquina se ha convertido para el obrero en una autoridad impersonal que le somete a un ritmo determinado, no siempre adecuado a su específica capacidad y fisiología individual ni a su percepción del sistema. El ritmo colectivo, a resultas de la uniformización del trabajo industrial, ha sustituído al ritmo individual, en este caso comparativamente discontinuo. Resulta, por lo tanto, que las máquinas que operan los obreros y el producto que es consecuencia del proceso industrial constituyen formas e ideas en cuya concepción no interviene el obrero.

Visto así el problema, la estimación técnica que cada obrero tiene de sí mismo es mínima, primero porque ha perdido la noción integral del proceso productivo y del sistema de que forma parte, y segundo porque en este proceso es un elemento secun-

dario cuya misión técnica consiste en adaptarse lo más posible a los requerimientos mecánicos de la máquina. Los símbolos creadores verdaderamente significativos del trabajo industrial moderno se han desplazado casi completamente hacia los mandos directores y hacia los ingenieros de planificación. La población obrera ejerce poder político y social en tanto es una fuerza de presión; pero manifiesta tener muy pobres oportunidades de influir en la organización de su trabajo.

Los efectos psicológicos de esta situación son innumerables, pero señalemos uno que nos parece importante desde varios puntos de vista. La unificación del trabajo dentro de las fábricas y la tendencia hacia la disciplina colectiva que se ha introducido en los ritmos fabriles ha hecho que las diferencias individuales obreras sean cada vez menores. La máquina va ciertamente uniformizando las operaciones productivas y quitando individualidad humana a la producción. La máquina contemporánea tiene la cualidad de exigir más atención que habilidad, más cuidado que manipulación, y por este camino van disminuyendo progresivamente las oportunidades directas del trabajador para destacarse individualísticamente, esto es, para afirmar su personalidad.

En este momento el obrero tiene la sensación de ser poco importante por sí mismo en lo que se refiere al proceso técnico de la producción, pues en cierto sentido se sabe dotado de grandes debilidades profesionales derivadas del papel absorbente que va logrando la máquina. El hecho de que las herramientas del obrero vayan siendo sustituidas paulatinamente por máquinas, y el hecho de que haya disminuído la conciencia integral de su trabajo y, a su vez, que la máquina en sí realice muchas más funciones que antes, determina que el carácter del trabajo obrero se haya modificado en el sentido de que los orgullos individuales han sido reemplazados por orgullos del grupo de trabajo.

Como efecto de ello, las relaciones interpersonales dentro de cada empresa se nos ofrecen como la representación de intereses y fuerzas de presión de grupos, más que de individuos. En este sentido, la experiencia de la competición laboral ya no se presenta como la expresión de luchas entre individuos, sino de luchas

entre grupos puestos bis a bis y continuamente enfrentados entre sí. Este fenómeno, que hace más fuerte al obrero social y colectivamente, sin embargo es también la clave de su inseguridad profesional vista individualmente.

Estos hechos no deben hacernos perder de vista un importante fenómeno diferenciador de la conducta obrera cuando ésta se estratifica en términos de su relativa antigüedad industrial. Así, en los países económicamente subdesarrollados, pero en creciente industrialización, el peonaje campesino transformado en peonaje industrial tiene la conciencia —a través de la mejora que experimenta en su bienestar material y social— de estar ejecutando un papel profesional más importante en relación con su anterior *estatus*; pero entre los obreros de larga tradición industrial, la conciencia de este papel va disminuyendo conforme su experiencia maquinista les va enajenando de dominio respecto del proceso directo de elaboración de mercancías. Es a esta clase de obreros a los que nos estamos refiriendo, precisamente porque son también ellos quienes presentan las tendencias más avanzadas del trabajo industrial.

Los valores de trabajo del obrero están evolucionando, pues desde aquella situación en que la imagen del trabajo ejecutado es creadora, hasta la imagen de serlo cada vez menos a medida que se le despoja de herramientas y conforme la máquina absorbe estos procesos y secundariza, por ende, la participación del obrero. La influencia de estas experiencias en la personalidad obrera conviene plantearla porque ella nos pone en comunicación con formas importantes de la realidad social contemporánea y porque descubre una cierta dinámica de la misma. Muchos de estos problemas son el tema de gran número de estudios empíricos y de reflexiones éticas en nuestro tiempo. Ciertos ejemplos que aquí presentamos corresponden a experiencias llevadas a cabo por nosotros dentro de una realidad específica laboral.

LAS MÁQUINAS NUEVAS Y EL TRABAJO OBRERO

Hace algunos años, una fábrica textil mejicana adquirió telares automáticos y con ellos sustituyó otros antiguos más lentos y defectuosos. Los obreros resistieron al principio esta renovación, especialmente porque el cambio suponía un reajuste de personal y una disminución de la fuerza sindical frente a la empresa y, además, porque fundamentalmente el hombre tiende a resistir todos aquellos cambios de costumbres que él mismo no haya propuesto específicamente. En este caso los obreros reaccionaban emotivamente al cambio tecnológico a la vez por razones formales y profundas. Sentían la ansiedad propia de individuos que son llevados a situaciones sobre las cuales sienten no tener dominio.

Finalmente, la empresa y el sindicato llegaron a un acuerdo y fueron instalados los telares. La experiencia personal de cada obrero fué modificada en varios sentidos. En lo mecánico ahora se hizo cargo de veinte telares en lugar de los dos y hasta cuatro que atendía anteriormente. Se alteraron también la vida social y las funciones internas de cada uno de estos obreros dentro de la fábrica. Antes su trabajo era diversificado, pues implicaba ciertos conocimientos prácticos del telar y las telas que elaboraba, así como el uso de herramientas en ciertos casos. Los fallos de la máquina le hacían intervenir continuamente, pues la calidad del trabajo dependía mucho de la destreza de cada obrero. Como el telar era relativamente anticuado el obrero tenía que prestarle gran atención, pues de ello dependía el que las telas salieran defectuosas.

La variedad de operaciones personales que exigía el funcionamiento del proceso fabril conducía a despertar en el obrero un profundo interés por sus mecanismos y desarrollaba su voluntad de intervenir constantemente. Los obreros, situados cerca unos de otros, necesitados de iniciativa individual para mantener cierta continuidad en el proceso y una estable calidad profesional, tenían orgullo fabril y se sentían parte creadora del sistema.

La jornada laboral era psicológicamente estimulante. Dada la

proximidad de otros obreros, tenía ocasión de conversar y lograba pausas de trabajo convenientes para mantenerle en buen equilibrio psicológico. Los temas de conversación, las bromas mutuas, el canto, las rencillas y los antagonismos interpersonales y el sentimiento profundo de estar con otros y percibir su solidaridad daban al obrero una concepción estimulante de su medio fabril. Los valores de prestigio derivados de la calidad de su trabajo quedaban responsabilizados individualmente, y en este sentido tenía que cuidar su habilidad profesional de manera permanente. La relativa imperfección técnica de los telares contribuía a que cada obrero se manifestara como un coautor eficiente de la producción. Esta imperfección hacía que la dependencia de la producción de la inteligencia y habilidad del obrero fuera mayor que lo es ahora. En gran parte, su importancia individual descansaba en el sentimiento de dominio profesional que acumulaba en el curso de su trabajo.

Ocupado con los veinte telares que le asignaron, este obrero modificó algunas partes de su conducta. El ritmo más regularizado y preciso de los nuevos telares impuso también una producción más estable y uniforme, y así ésta ya no dependía tanto de la precisión y habilidad humanas. Por contraste, dependía esencialmente del ritmo mecánico. Debido a esta mayor mecanicidad del proceso había menos errores. La calidad mejoró y la cantidad de las producciones aumentó considerablemente. Pero ahora los obreros quedaban unos de otros más separados que antes dentro del departamento de trabajo, y las oportunidades de convivir disminuyeron. Gran parte del tiempo se lo pasaban aislados unos de otros. A los pocos meses los obreros bromeaban menos y se volvieron de personalidad más introvertida.

El transcurso de la jornada de trabajo se convirtió en un ir y venir del obrero de uno a otro extremo de la fila de telares, durante cuyo recorrido vigilaba el comportamiento de la producción. Acostumbrado a su régimen anterior, de manipulación de las telas y uso frecuente de herramientas, el obrero sentía la presencia del tedio laboral, y por otra parte veía que le era más difícil que antes establecer conversación con sus compañeros, debi-

do a que los tenía más lejos. El problema de conversar con otros compañeros lo resolvía imponiéndose él mismo pausas de trabajo, que consistían en acudir al reservado y allí fumar un cigarrillo en compañía de otros trabajadores. Esto se hacía en connivencia con el compañero más próximo a su sección de telares, el cual consentía en vigilar éstos durante dichas pausas. Sin embargo, como no estaba permitidas estas pausas, y como ello provocaba continuas discusiones con el empleado de confianza de la empresa encargado del departamento, las relaciones interpersonales entre ambos grupos no eran buenas. Algunas veces se llegaba, incluso, a la hostilidad física entre el capataz y el obrero dentro y fuera de la fábrica.

La intensidad del contacto manual de los obreros con los telares y las telas disminuyó grandemente. En lugar de ello se intensificó la relación visual. Ahora el obrero casi no empleaba herramientas y se pasaba comparativamente más tiempo que antes sin tocar una máquina. Poco a poco fué perdiendo interés en los telares. En el pasado era frecuente que los obreros se refirieran a los telares que trabajaban con designaciones posesivas, tales como *mi telar*, *mi tejido* o *mi tela*. Ahora, en cambio, dejaba de hacer referencias posesivas. El sistema productivo se despersonalizaba y los telares se nombraban por su número. Había comenzado el proceso de enajenación, de separación de la solidaridad obrera con los instrumentos materiales de su trabajo. El aburrimiento de uno de estos obreros se expresaba gráficamente cuando decía: «¡Estos telares son muy buenos! Ahora ya no tengo que preocuparme gran cosa de las telas! ¡Pero el día se me hace muy largo!»

Con los nuevos telares, los obreros obtuvieron ligeros aumentos de salario. Sin embargo, ahora se producía un interesante fenómeno. La escasa sociabilidad introducida por el sistema de trabajo acumulaba en los obreros fuertes tensiones que hallaban su vía de descarga en la borrachera, entre otras maneras de aliviar dichas tensiones. Es cierto que entre esta clase de obreros era muy frecuente la ingestión ritual de bebidas alcohólicas, esto es, la bebida tenía un carácter de obsequiosidad realizada entre amigos y compañeros a la salida de las labores, especialmente los

fin de semana. De todos modos, ahora estos obreros tenían propensión a beber más que antes. Uno de ellos racionalizaba esta tendencia diciendo: «¡Se la pasa uno tan aburrido, que luego hay que divertirse!»

Aunque las instalaciones y las condiciones materiales —sanidad, luz, seguridad, etc.— del trabajo mejoraban constantemente, el hecho cierto era que se sentían psicológicamente incómodos. El ritmo productivo era monótono y su *estatus* técnico había disminuído. En realidad, la empresa seguía exigiéndoles responsabilidad, cuidado e interés por la producción; pero las ocasiones de ejercer estas cualidades habían disminuído y, por otra parte, el obrero sólo encontraba la compensación del salario, que no era suficiente en cuanto satisfacía únicamente algunos aspectos de sus necesidades, aparte de las mejoras que hemos señalado de la base material del ambiente de trabajo.

Actualmente los jefes prescindían con gran facilidad de sus opiniones acerca de las causas de algún fallo mecánico o de algún defecto de la producción, opiniones que antes se tenían más en cuenta. Por ser la estructura mecánica de los nuevos telares más compleja, se habían contratado los servicios de un técnico especialista, el cual mantenía pocas relaciones con los obreros; en cierto modo, sólo las estrictas y formales. El obrero recibía instrucciones elementales sobre el funcionamiento de los telares, pues su reparación y mantenimiento constituía una tarea que el nuevo técnico apreciaba celosamente como exclusiva. En alguna ocasión en que el obrero había intentado resolver por su propia cuenta el fallo de uno de sus telares, había recibido la censura del especialista, quien le había indicado que en el futuro procurara no inmiscuirse en todo lo que se refiriera al organismo interno de las máquinas, estableciendo explícitamente que no le correspondía. La técnica mecánica era ya cuestión exclusiva del especialista y dejaba de ser en el futuro asunto de estos obreros. La situación iba, pues, cambiando paulatinamente.

El obrero fué perdiendo jurisdicción e interés por los telares. Cualquier interrupción que se producía en ellos suponía la presencia inmediata del técnico, ante el cual con frecuencia el obrero

se inhibía, a veces incluso comportándose burlescamente cuando el técnico no daba con las causas de la interrupción, causas que por simples razones empíricas el obrero conocía muchas veces. Este no sólo se desentendía con el tiempo de los problemas mecánicos, sino que expresaba su resentimiento hacia el papel mínimo que se le reconocía no colaborando con el especialista en la facilitación de datos que le llevaran rápidamente a las causas del fallo. Por lo demás, parte del lenguaje técnico que designaba diversos aspectos de la máquina —piezas y mecanismos— se había modificado con los nuevos telares, aparte de ser éstos de funcionamiento más complicado. Por estas causas, y debido también a la especialización estricta introducida y al modo como había sido organizado el trabajo, que obstruían el interés empírico del obrero por el proceso mecánico de la producción, éste perdió oportunidades de asimilar conocimientos sobre los mecanismos de los nuevos telares, tal como hacía antes con los antiguos. No obstante, debe señalarse que el interés de estos obreros por sus telares, aunque disminuyó sustancialmente, no desapareció del todo, y esto se debía al hecho de pesar grandemente en su estructura psicológica básica la experiencia tradicional del trabajo, en este caso llena de valores emotivos relacionados con ideas de servicio a la empresa, de vínculos personales con sus dueños y directores, y de habitación antigua en el medio que ocupaba la fábrica. El sentido artesano de la eficacia, mezclado con algunos sentimientos de lealtad a su oficio, todavía influía para mantener en los viejos obreros una cierta emotividad que impedía el rompimiento definitivo con los intereses del trabajo. Con los nuevos telares se perdía el sentimiento integral del oficio textil; en este caso, y a lo largo de la nueva experiencia el interés y la voluntad del obrero se debilitaron sistemáticamente.

Desde luego, los obreros jóvenes que por primera vez operaban con estos telares, sin experiencia anterior con otros, no resentían tan intensamente estos problemas; aceptaban el sistema y no mostraban disgusto por su situación; pero sí manifestábase despreocupados respecto del tipo de organización de que formaban parte. Carecían de orgullo laboral y orientaban sus entusias-

mos fuera de la fábrica. Esta significaba para ellos un lugar donde se iba a ganar dinero, y no sentían que en ella se realizara la vocación creadora. Estos jóvenes obreros parecían, además, indiferentes hacia todo lo que no fuera su departamento y los compañeros de trabajo. En lo fundamental daban importancia al salario y les preocupaban sus relaciones interpersonales. Entre estos jóvenes obreros y los viejos existía, por añadidura, solidaridad sindical frente a la empresa; pero se manifestaban diferencias importantes en el patrón de vida que ambos grupos realizaban y, además, estas diferencias encontraban expresión en el hecho de que los jóvenes hacían hincapié en valores de prestigio donde el orgullo laboral era poco importante, tanto porque acudían a racionalizaciones más utilitarias, como porque su idealismo y vocación no se integraban dentro de la vida laboral. Los jóvenes no sufrirían de inmediato la experiencia de sentirse desplazados de alguna situación más artesana o del oficio, precisamente porque carecían de una tal concepción, pero reflejaban en su desinterés profundo por el trabajo que ejecutaban, y en su deseo de movilidad y en su utilitarismo, la falta de estímulos creadores que encontraban en su trabajo.

Producir más cantidad y mejor calidad, en sí no tenía importancia para los jóvenes, a menos que no se apoyara con estímulos salariales. El estímulo productivo era el sistema de destajo, el salario. La contrapartida estimulante era de tipo negativo, en tanto se les privaba, temporal o definitivamente, del puesto de trabajo, según los casos, cuando la producción era defectuosa o cuando no se alcanzaban los niveles de productividad establecidos como límite mínimo. Su vida de prestigio dependía poco, en definitiva, del palmarés laboral, si se compara con lo que les ocurría a los obreros veteranos.

El cambio de telares elevó los porcentajes de ausentismo, por varias razones. Una de ellas porque ahora, con menos horas de trabajo, se ganaba más dinero y éste estaba en función de unos niveles de gasto planteados dentro de formas tradicionales mínimas en las que todavía no se había modificado el patrón de vida. Pero en el ausentismo también influía el hecho de no atraerles

profundamente sus normas de trabajo. En este caso tuvo que reforzarse la disciplina sindical, pues este ausentismo era motivo de frecuentes conflictos con la empresa y debilitaba la autoridad del régimen de trabajo.

El interés que la máquina despierta en el obrero varía, pues, en relación con el grado de dependencia que se produce entre ambos. Cuanto más depende del obrero el funcionamiento de la máquina y la elaboración del producto, mayor es la solidaridad de aquél por éstos. Asimismo, cuantas más herramientas emplea para su trabajo, mayor es la libertad de decisión que tiene el obrero, y por lo tanto mayor es también el sentido de creatividad que obtiene de dicha relación. A esto deben añadirse factores tan importantes como el grado de movilidad y desplazamiento permitidos por el puesto de trabajo, la diversidad de tareas que se prevean en cada puesto, y la oportunidad o no de que disponga el obrero para mantener relaciones interpersonales estables con sus compañeros de tarea. Por añadidura, entre otros aspectos de interés, existe el de la necesidad de que el puesto de trabajo ofrezca al obrero pausas de actividad dispuestas de acuerdo con la capacidad individual específica y las normas de albedrío responsable. Todo ello impone que la estructura laboral esté sometida a los ritmos e intereses del ser humano y no a la inversa.

Ciertamente, la humanización del proceso fabril depende de la intervención que le corresponda realizar al obrero en la producción. La evolución técnica que describimos es inevitable, y en el futuro el proceso productivo será todavía más automatizado. Sin embargo, la deshumanización que plantea el desarrollo tecnológico en la vida laboral y la crisis de creatividad obrera que sigue a la automatización significa que deben buscarse sucedáneos que no siendo puramente mecánicos proporcionen al obrero una virtualidad creadora bajo la forma de intervenir en la vida integral de la empresa, esto es, en la organización y concepción de su propio trabajo. Puestos ante tal situación, podemos iniciar un planteamiento más amplio del problema.

EL OBRERO EN LA INDUSTRIA CONTEMPORÁNEA

Hemos establecido que la tendencia fabril es hacia la concentración de funciones productivas en la máquina. En este sentido y en el de la organización científica del ambiente artificial que rodea el trabajo humano, el progreso ha sido enorme. Sin embargo, el instinto creador en el trabajo obrero ha logrado pocos progresos y, en muchos casos, ha retrocedido hasta sentirse frustrado.

En términos propiamente no económicos la satisfacción de este instinto creador obrero se manifiesta en torno a ciertos tipos de experiencia relativos: 1), al papel desempeñado por el obrero en la creación o elaboración de productos; 2), está en relación con el *estatus* e importancia respectivamente adquiridos por el trabajador y la máquina en la vida laboral; 3), debe interpretarse a través de los sentimientos y actitudes desarrolladas por el asalariado dentro del cuadro tecnológico de su trabajo, y 4), resulta estar en estrecha interdependencia con el sistema de valores de la sociedad y con la conciencia adquirida por el individuo dentro de su vida social.

Considerado en su evolución, el trabajo industrial referido a la condición técnica del obrero ha llegado a un punto dominado por los siguientes caracteres: a), en la creación de productos el obrero ha sido desplazado por la máquina; b), en la medición de la productividad el *estatus* técnico y económico de la máquina es más elevado que el del obrero, y c), los sentimientos del obrero empiezan a ser los sentimientos de un individuo pasivo y extraño en cuanto es cada vez menor el reconocimiento de su capacidad para tomar decisiones sobre el proceso productivo. Si bien dentro de un esquema básicamente tecnológico, Lewis Mumford (1) ha estratificado esta evolución dividiéndola en tres grandes períodos manufactureros a seguir: especialización, mecanización y automatización.

---

(1) Ob. cit., t. II, pág. 29.

Además de que la máquina ha ganado primacía sobre el obrero en la producción podemos agregar el hecho de que todavía la construcción y funcionamiento de gran parte del proceso maquinista da mayor importancia a las exigencias productivas en sí, que a las capacidades y disposiciones síquicofisiológicas del trabajador. Los ritmos y estructura de las máquinas parecen diseñarse partiendo de un patrón técnico puramente mecanicista, con tendencia a despreocuparse el ingeniero de los sistemas subjetivos, personales, del trabajo. El ingeniero que construye una máquina fabril se preocupa especialmente porque produzca más y menos caro; esto es, se ocupa de los intereses del fabricante y del consumidor (2); pero rara vez tiene presentes los problemas humanos que se le plantearán al obrero que atiende esta máquina.

Bajo este patrón tecnocrático de conducta, un obrero, por ejemplo, tendrá que ajustar sus músculos, sus reflejos, su estatura, su envergadura y posición, sus brazos y manos a la altura, tamaño y condiciones de la máquina. No cabe duda que una tal situación permite esperar una imperfecta relación entre hombre y máquina, y si las disimetrías existentes entre ambos son marcadas, entonces se producirá una indudable descompensación para el trabajo humano. Algunos de los resultados de esta descompensación llevan a la inseguridad física, al accidente, a las deformaciones corporales, y a ciertos desenvolvimientos neuróticos (3). En estas condiciones cabe imaginar, en principio, lo difícil que resultará para el trabajador adquirir una idea profundamente satisfactoria de su trabajo.

Visto, pues, el problema dentro de esta perspectiva, los valores funcionales que predominan en la estructura fabril contemporánea, acentúan los supuestos tecnológicos en detrimento de los humanos. La relación entre máquina y obrero es una donde los

---

(2) Para la situación obrera en nuestra época, véase a SIMONE WEIL, *Raíces del existir*, Buenos Aires, 1954.

(3) Véase el excelente trabajo de G. FRIEDMANN, *Problemas humanos del maquinismo industrial*. Buenos Aires, 1956.

conocimientos y funciones que éste tendrá que desempeñar estarán determinados por la primera. Cada individuo debe saber en función de lo que exige su puesto de trabajo, y los movimientos que desenvuelva durante el proceso laboral deberán ajustarse, relativamente, a una precisión especializada semejante a la impuesta por el ritmo mecánico.

En cuanto a concepción y planteamiento, la selección profesional para los puestos de trabajo se hace teniendo en cuenta las necesidades de una productividad que define la máquina, no el obrero. La dependencia del obrero respecto de la máquina es más notoria cuanto más autosuficiente es el proceso mecánico de producción, es decir, cuanto más automático es el proceso de transferencia de los productos, y cuanto más concentradas logran ser las diferentes funciones industriales. La deshumanización del trabajo empieza, por lo tanto, en su concepción tecnocrática.

El obrero u operario de una máquina moderna suele también tener una idea restringida en cuanto a sentir solidaridad por la máquina, y esto es así, tanto porque ésta no le proporciona suficiente satisfacción creadora, como porque la velocidad de innovación técnica hoy prevaleciente hace que las máquinas envejecan rápidamente y no den apenas tiempo de producir una intimación estable entre ellas y los hombres que las atienden. Esto es más cierto a medida que se intensifica la movilidad de los puestos de trabajo y, por lo mismo, a medida que el obrero cambia con mayor frecuencia que antes de lugar de trabajo. La solidaridad resultante de una larga convivencia entre el hombre y sus instrumentos de producción queda reducida, lo mismo que las relaciones interpersonales duraderas, a causa también de esta movilidad técnica y humana.

Los desenvolvimientos problemáticos de la vida humana dentro del cuadro de relaciones que resultan del puesto técnico de trabajo se manifiestan, pues, a lo largo de una experiencia referida dinámicamente a la falta de adecuación existente entre la estructura y los métodos de producción y el modo como el obrero satisface sus aspiraciones en el mundo, y el modo, por lo tanto, cómo la personalidad representa estas aspiraciones en su con-

ducta y en su vivencia creadora. S. Weil (4) ha presentado muy bien esta cuestión cuando señala que la forma problemática de sentirse y expresarse este obrero dentro de la producción —como también a lo largo de sus relaciones sociales más amplias— es, en definitiva, el resultado de haber creado la tecnocracia una cultura especialista, fragmentada y con una abertura cultural muy restringida. En lo fundamental puede añadirse que esta abertura cultural restringida ha conducido al obrero a vivir dentro de una atmósfera de frustración y escapes desorganizados.

En realidad, esta manera de sentirse el obrero profundamente bien o mal integrado en la fábrica, depende, como ha señalado J. J. Ferrandini (5), de una conjunción de factores, de entre los cuales merecen destacarse: 1), la concepción del mundo que tenga cada ser humano; 2), el modo como satisface sus necesidades biológicas; 3), la manera conforme realiza sus funciones laborales, y 4), cómo éstas se acomodan o no con sus posibilidades reales en cada situación.

Todo esto representa una reunión de percepciones y experiencias en sí comunicadas con factores individuales de personalidad y con relaciones estructurales más amplias de la vida social, que son las que, en última instancia, constituyen la estructura y los conductores pragmáticos de la situación humana. El trabajador reacciona en este caso a las condiciones del trabajo de acuerdo con el significado que éstas tengan para él, más que en función del que pueda tener para los directores y técnicos de la empresa (6). Uno de los aspectos que logra tener sentido para el obrero es, aparte de los propiamente económicos y utilitarios de otro género, el de que su trabajo llegue a tener *estatus* de importancia a los ojos de sí mismo y valoración entre su grupo de referencia. Son estas presiones conformadoras las que no aprecian en

---

(4) Ob. cit., 59.

(5) *Bases theoriques de l'efficacite professionnelle*. París, 1958. «*Travail et methodes*», págs. 91-92.

(6) Cf. W. E. MOORE, *Las relaciones industriales y el orden social*. México, 1954; pág. 189.

su justo valor los departamentos encargados de la organización del trabajo. Por lo mismo, si el marco social amplio de la sociedad proporciona al individuo valores de trabajo, no es menos cierto que éstos se confirman o se contradicen durante la experiencia individual de este trabajo. Esta experiencia está configurada actualmente por la contradicción, que hemos descrito, entre las ventajas formales y mecánicas ofrecidas por la técnica al trabajador y las insatisfacciones derivadas de la falta de previsión humanista de este tipo de trabajo.

Esta contradicción describe en sí misma la crisis existente en lo que se refiere a la capacidad técnica de organizar las funciones humanas industriales dentro de un plano creador. Esta crisis viene a ser la expresión de un desaprovechamiento sustancial de la energía creadora del obrero, aunque, paradójicamente, se plante el punto de vista tecnocrático de un mejor aprovechamiento de esta energía cuando se encara hacia el objetivo básico de la productividad material.

Cuando hace unos años el taylorismo impuso su concepción especializada y cronométrica del trabajo industrial, concepción luego extendida a otros sectores de la actividad económica, abrió también un período de crisis en la conciencia tradicional que se tenía del trabajo, visto, más bien, como una estructura conceptual integral. El error consistía en que esta división intensiva de las funciones laborales seguía un método y se ajustaba a unos valores puramente tecnológicos, o más bien tecnocráticos, en los que se limitaba grandemente la perspectiva e importancia de los factores psicológicos, humanos, en esta organización. Los resultados negativos de esta ideología se han manifestado, especialmente, en relación con el trabajo humano, pues en lo que se refiere al trabajo mecánico y a los ritmos de este proceso, sus éxitos han sido muchos. El admirable aprovechamiento de la energía mecánica efectuado por el taylorismo no ha tenido igual correspondencia para la parte humana, parte que, en lo fundamental, ha permanecido inédita en muchos aspectos.

Rendimiento y eficacia han sido dos de los valores sistemáticos perseguidos por la ideología taylorista de la producción, y su

cumplimiento se ha logrado a través de una prolija y cronometrada división del trabajo humano y el mecánico. Sin embargo, estos métodos han producido una intensa devaluación del yo obrero en el trabajo, primero en Estados Unidos y después en aquellos otros países donde se ha programado conforme con este criterio. Esta devaluación del yo obrero ha derivado hacia frustraciones de su personalidad y a monotonías y pérdidas de la alegría creadora en el trabajo. Nuestra preocupación arranca, pues, desde este punto y perspectiva, punto según el cual los ritmos laborales, la organización de los puestos de trabajo, el valor y calificación de los mismos, la producción pagada al obrero, y el proceso general productivo, ponen al descubierto que la posición y *status* obrero específico son secundarios respecto de la máquina. A medida, por lo tanto, que se perfeccionan los métodos mecánicos de la producción, se va entrando en una fase donde el trabajador se siente progresivamente más un objeto que un sujeto de esta producción.

Bajo la acción de ciertos valores pragmáticos insertos en el patrón de vida de nuestro tiempo, y conforme con el criterio funcionalista de estos valores, el trabajo obrero ha ido adquiriendo un módulo prácticamente utilitario, de generación y finalidad creadora muy pobres. En realidad, no todo el trabajo humano contemporáneo es creativamente pobre. Nunca ha sido tan rico como es ahora, tan abundante y complejo, pero esta representación creadora ha sido sustancialmente arrebatada al obrero por los técnicos y los científicos, los cuales, aun trabajando en equipo, no pierden la posibilidad de participar, con sus esfuerzos e ideas, en una gran tarea creadora donde su personalidad queda protegida y puede desarrollarse. La fragmentación del trabajo individual que resulta de trabajar en equipo no frustra al hombre, porque éste adquiere en la vida del equipo una concepción integral de los programas y de los fines, y porque dentro del equipo tiene preservada una participación intensiva y un respeto a su personalidad. En cambio, la fragmentación de la tarea laboral que realiza el obrero es frustradora, precisamente porque éste no adquiere una idea integral de su trabajo, ni siquiera participa de su concepción

y organización. Para él todo trabajo presenta un significado parcial; el conjunto le es extraño. En este trabajo se convierte, como hemos dicho, en un objeto y no en un sujeto.

La máquina y el producto son, para el obrero, instrumentos de un fin cuyo sentido es para él utilitario. No sólo carece de propiedad sobre ellos; también le son conceptualmente extraños. El problema se refiere, pues, a una contradicción que establece el carácter psicológicamente improductivo del *estatus* laboral obrero. La diferencia existente, pues, entre el trabajo obrero y el de los cuadros dirigentes e ingenieros no es sólo de orden económico y social. Es más profunda, en tanto se refiere a la diferencia que existe entre un grupo creador y otro subordinado y dependiente. Por falta de funciones realmente creadoras, el trabajo obrero contemporáneo se caracteriza por parecer el trabajo de individuos automatizados que necesitan estar constantemente dirigidos y vigilados por otros que sí están en el *secreto* de las cosas.

El problema de adquirir decisión sobre el propio trabajo constituye una de las raíces del disgusto profundo del hombre en cualquier actividad, aunque a menudo este disgusto no se manifieste objetivamente. En este sentido, la resolución duradera del problema no depende, básicamente, del montaje de un sistema de relaciones humanas amables entre obreros, empresarios y técnicos. Esto puede considerarse necesario, pero es una solución superficial. Lo importante es introducir un sistema de organización fabril capaz de convertir en participantes responsables a los obreros en la concepción y planificación de su trabajo, para que de este modo adquieran una perspectiva integral del mismo, un sentimiento de pertenencia y participación creadora dentro del proceso laboral de que forman parte. Muchos sociólogos sugieren la fórmula de la información; yo sugeriría la de la participación integral (7).

La deshumanización que resulta del hecho que el trabajo obrero se haya convertido en un instrumento más de la finalidad

---

(7) Algunas de las cuestiones que aquí presentamos han sido discutidas en mi trabajo *El factor humano en la producción industrial*. Madrid, 1957. POLÍTICA SOCIAL, núm. 36; págs. 7-25.

productiva tiene relaciones muy estrechas con la despersonalización que apuntamos para el proceso puramente fabril considerado con arreglo a sus objetivos. Aquí cabe la frase definitoria de L. Mumford, cuando califica la ideología centrada en la producción de artículos materiales, como de *materialismo sin finalidad* (8). En su esencia más profunda, esta falta de finalidad describe los efectos del predominio de las tendencias utilitarias sobre las tendencias humanistas, olvida el principio de que el fin de toda actividad social es el hombre. De igual modo, este predominio se refiere a una orientación de valores que se propone producir necesidades más que satisfacerlas. De ahí el que mucha de la programación técnica y económica de nuestro tiempo tenga un carácter a-ético, pues se refiere a una incansable producción de necesidades que, cuanto mayores, más sufrimientos importan a quienes tienen dificultades para satisfacerlas. En este sentido, la producción económica del mundo contemporáneo está acumulando tan intensas presiones de gastos y prestigio sobre la situación humana, que el *materialismo sin finalidad* que señala Mumford, no es más que la expresión de la corrupción en que entran los fines cuando su norma última no es el hombre.

Trasladado a la técnica de producción, este materialismo se comporta dando primacía gradual a la máquina sobre el hombre, en este caso, sobre el obrero, un factor que pesa enormemente en la conciencia de la vida del trabajo contemporáneo. Esta enajenación de la actitud creadora en el trabajo se plantea en el momento en que, históricamente, la sociedad humana está en mejores condiciones que nunca de asumir su destino de una manera responsable. Si ésta es la estructura objetiva que advertimos en el trabajo obrero y los valores últimos del concepto de productividad, podemos entonces convenir en que la tecnología y los programas sociales de la vida fabril deben revisar su actual orientación tecnocrática y adoptar otra que se ajuste más a las necesidades humanas del trabajo.

Por las razones apuntadas es evidente que los progresos con-

---

(8) Ob. cit., II, pág. 21.

seguidos por la técnica de producción han estimulado la eficiencia propiamente mecánica; pero al mismo tiempo han traído la inseguridad y el vacío al yo del obrero. En realidad, han conmovido su integración profunda y su autoestima. Al transformarle en un instrumento más de la producción, la técnica ha desarraigado al obrero hasta un punto tal de dramatismo que S. Weil (9), al denunciar esta situación, ha puesto en alarma la conciencia más íntima de nuestro tiempo.

Este desarraigo y extrañamiento han tratado de compensarse mediante políticas de aumento de salarios, reducción de las jornadas de trabajo, aminoración del esfuerzo físico y mejores relaciones humanas, mejor sanidad y estética, etc., todo ello en estrecha correspondencia con objetivos centrados en torno al incremento del nivel material de vida. Sin embargo, a la vista de los sentimientos expresados por el obrero en su trabajo, los atractivos utilitarios y pragmáticos resumidos por el progreso del nivel de vida son, social y psicológicamente, insuficientes.

Encontramos testimonio de esta insatisfacción profunda que merece su trabajo al obrero, en dos hechos, entre otros, muy significativos: 1) En la falta de ilusión vocacional, de idealismo, y 2) En la cualidad escapista que tiene su ocio una vez terminada su jornada laboral. Ambos caracteres son más acusados, cuanto mayor es el automatismo mecánico y fragmentada la parte que le corresponde ejecutar en su puesto de trabajo, y cuanto más larga y monótona es la jornada laboral. En el primer caso, el conocimiento está supeditado a la calificación que valga en dinero, esto es, parece desaparecer el deseo de acumular saber que no tenga resultados económicos tangibles. En el segundo se necesita cada vez más ocio para convertirlo en tiempo de libertad para el hombre.

Esto es más cierto, por ejemplo, si lo comparamos con los valores del ocio artesano y campesino, especialmente entre los del campesino propietario y huertano. Para campesinos y artesanos, el ocio tiene el significado de una pausa laboral, una restauración

---

(9) Cfr. ob. cit.

de energías sin propósito profundo de renunciación u olvido del trabajo. Para este grupo de actividades, el trabajo tiene un sentido integral que no interrumpe el descanso. Durante éste cada individuo hace planes relacionados con el mejor éxito de la futura tarea, buscando mejorarla y hacerla ante sí mismo más completa de significado. El ocio, en este caso, es una continuidad mental del trabajo y sigue siendo parte del mismo. Dificilmente el individuo piensa en olvidar las tareas que ha ejecutado, en tanto éstas las considera como parte consciente de su realización de personalidad.

Por el contrario, en el obrero moderno el ocio es una oportunidad deseada para escapar del trabajo, de su sentido de obligación; es un tiempo, cuanto mayor, mejor, para olvidarlo. Este obrero no considera el trabajo como una parte satisfactoria de su yo, sino como un mundo donde precisamente no encuentra realizada su personalidad. El ocio para él constituye la ocasión de huir profundamente del trabajo, de sentirse en posesión de la libertad que no encuentra en éste.

El carácter utilitario de la orientación profesional se plantea bajo la acción de valores de vida pragmáticos, adecuados a un sistema tecnológico de producción altamente especializado, de acuerdo con el cual es ya raro encontrar especialistas capaces no ya de dominar un proceso productivo extensivo, sino capaces de considerarlo en su integridad. Esta falta de dominio conceptual sobre el proceso productivo disminuye el interés humano por el puesto de trabajo y contribuye grandemente a explicar la correlación existente entre el utilitarismo de los valores del trabajo obrero —y de muchos otros puestos del trabajo en general— y el especialísimo de su ocupación.

Las constelaciones efectuadas por el trabajo industrial moderno en la personalidad del obrero han sido puestas de relieve por las experiencias y estudios de algunos sociólogos interesados en esta clase de problemas humanos. Argyris, después de haber entrevistado a un cierto número de trabajadores acerca de valores y actitudes relacionadas con el trabajo en grandes fábricas basadas en procesos continuos, obtuvo los siguientes resultados:

El valor moneda era el más importante para el obrero, y en segundo lugar sobresalía el de su antigüedad en el empleo, en vista de los beneficios derivados que otorgaba. Estos trabajadores manifestaban sentirse incapaces de dominar en aquel momento varias tareas diferentes, aunque estuvieran relacionadas con partes próximas del proceso fabril de que participaban. Acerca de su rendimiento productivo aspiraban a realizar el mínimo y no se consideraban culpables si el trabajo resultaba de mala calidad, pues esto no les parecía cuestión suya, sino efecto del modo como estaba constituido el proceso mecánico.

Expresaban los obreros, por otra parte, el deseo de aislarse, y con frecuencia perdían el sentimiento de pertenecer a un grupo social cooperador y solidario; no tenían conciencia estable del concepto *nosotros*. Desde el punto de vista de su adhesión a los intereses de la empresa donde trabajaban, decían no sentir la más mínima lealtad por ella, y estaban dispuestos a abandonarla en cualquier momento en que les fuera ofrecida la oportunidad de ganar más dinero en otra.

Habían acostumbrado su personalidad a la disciplina que exigía esta clase de trabajo en cadena. Eran puntuales y faltaban poco al trabajo. Habían llegado a sentirse *satisfechos* con las condiciones que éste les ofrecía, y les disgustaba la idea de que se produjeran cambios en las mismas. Lo que más agradecían era la seguridad del empleo, la garantía de que su posición personal no estaba amenazada (10).

El examen de esta situación confirma los caracteres que estamos atribuyendo a la conciencia obrera relacionada con su trabajo, y vista a través de una tecnología fabril avanzada. Destaca de la misma los valores utilitarios, el desinterés por la calidad de la producción, la falta de dominio sobre un proceso amplio, el miedo a los cambios y los intentos de aislarse el individuo. El disgusto que merece su papel productivo al obrero viene a ponerse de manifiesto cuando la calidad del producto resulta deficiente.

---

(10) Cfr. CHRIS ARGYRIS, *Personality and organization*. Nueva York, 1957; pág. 120.

En este caso tienden a sentar el principio de que la eficacia fundamental está en la máquina. *Satisfechos* con sus condiciones objetivas laborales, estos obreros se sentían fácilmente amenazados en su puesto de trabajo, y la conciencia que podían formarse de su prestigio individual como obreros estaba en entredicho profundo a causa de sus escasos recursos tecnológicos y de su falta de atribuciones creadoras y responsables sobre el proceso productivo de que formaban parte.

Estos planos relativos al *estatus* y situación del obrero dentro del proceso laboral interesan a un circuito psicológico y social más extenso, en tanto la acción de su personalidad está también influida por las funciones más amplias que consume en su sociedad mayor y no está, por lo tanto, limitada al ámbito representado por sus relaciones de trabajo. Hay una gran interdependencia entre los valores mayores de su sociedad, percibidos a lo largo de su socialización, y los de su trabajo cotidiano.

Históricamente, la deshumanización del trabajo obrero que resulta del progreso de la maquinización y la pérdida de sentimientos creadores y responsables en el mismo viene a ser la expresión de cambios ideológicos relacionados con el paso de una conciencia artesana integral, a otra fraccionaria y mecánica, tanto como la proyección de valores de conducta social más móviles, menos estables. Esta situación trataremos de juzgarla viendo los caracteres del trabajo artesano en comparación con las formas modernas que comentamos.

#### LA INTEGRACIÓN CREADORA

Las relaciones del artesano con sus herramientas de trabajo y el modo integral de tratar los materiales dan un sentido muy personal a su ocupación y constituyen una experiencia psicológicamente creadora para su personalidad. Este curso integral que sigue el trabajo artesano y la comparativa libertad intelectual y manual de que dispone el individuo, le permiten sentirse identificado con su tarea. El trabajo artesano es cualitativamente esté-

tico y suele conducir a satisfacciones semejantes a las que experimenta el artista. Por su carácter plástico, la producción artesana es un combinado de manos y mente desarrollando una actividad cuya concepción y realización tiene que ser, fundamentalmente, personal. El individuo que ejecuta en el torno o con sus manos y herramientas una obra determinada tiene que pensarla y, a la vez, producirla, darle forma y acabarla. El proceso manufacturero es integral y aquí sólo cabe interesarse integralmente por el trabajo.

El gran número de facetas a que se aplica el artesano —preparación y tratamiento de los materiales hasta su acabado— exigen de él una cultura técnica variada y minuciosa. Pero lo importante es que el trabajo artesano requiere capacidad de concentración y entusiasmo por la tarea, ensimismamiento, para que la obra posea este su carácter tan personal. Para su correcta ejecución, el trabajo artesano pide al individuo cualidades técnicas flexibles, y especialmente éste debe haber adquirido confianza en sí mismo, porque ésta constituye una definitoria sustancial de la personalidad artesana. Desde tales puntos de vista, la artesanía revela en alto grado el valor mínimo de la máquina y, por contraste, el valor relativamente máximo de lo humano en la producción industrial (11).

De estas cualidades participaba, aunque en menor medida, el obrero que trabajaba en establecimientos fabriles regidos por sistemas en los que todavía no se habían introducido los métodos de producción en cadena, métodos según los cuales cada individuo ejecuta con precisión una parte muy pequeña de la tarea total. A consecuencia de lo que podemos llamar imperfección mecánica del proceso productivo, el obrero estaba obligado a conocer más integralmente el proceso, y tenía que ser más variado en habilidad e iniciativa técnicas. Tenía que compensar con su inte-

---

(11) Aquí desde luego, sólo nos estamos refiriendo a los sentimientos creadores definidos en el trabajo artesano y obrero, pues en lo que se refiere al capítulo económico y a los sistemas de *estatus*, la situación específica de cada uno ha mejorado enormemente, cuando se compara con la que tenían en el pasado.

ligencia las insuficiencias relativas de la máquina. Los defectos del producto se atribuían, con mayor frecuencia que ahora, al trabajador, por lo mismo que de éste se esperaba una más intensa intervención técnica. En la coyuntura fabril, cada una de las cualidades del producto dependía mucho de la voluntad e inteligencia que hubiera aportado el obrero, y del mismo modo que muchos fracasos se le atribuían a éste, también se le adjudicaban un mayor número de proezas en la actividad productiva.

Dentro de esta estimación más personal del trabajo obrero resalta, desde luego, el hecho de que su parte de intervención era muy significativa. Con el tiempo, la máquina ha ido absorbiendo estas funciones, hasta hacer que el obrero haya perdido actuación sobre el producto. La integridad del antiguo trabajo ha desaparecido de las fábricas de los países de ciencia y técnica más avanzada, y está desapareciendo en aquellos otros que han iniciado un proceso semejante de industrialización. A esta evolución sigue un *estatus* obrero técnicamente subordinado, y en cierto modo una humillación de su apetencia creadora. Las máquinas modernas están asumiendo las proezas que antes podían serle atribuidas al obrero y a causa de ello ha disminuído su agilidad fabril, con la consiguiente merma específica de prestigio (12).

Apuntábamos antes que las funciones del puesto de trabajo están regidas por las necesidades de la máquina. El obrero viene a ser el especialista de un puesto de trabajo que tiene una estabilidad muy relativa donde los conocimientos exigidos están subordinados a las normas de la eficacia mecánica más que de la humana. La estimación del rendimiento productivo se concentra, cada día más, en la máquina, pues se exige regularidad y estandarización de las mercancías. Esta uniformidad ha determinado que el obrero esté formando parte de una fase técnica colectivista, de trabajo en equipo que, sin embargo, sólo tiene este sentido para los técnicos y los programadores.

Los valores subyacentes a este comportamiento representan

---

(12) Sobre el trabajo artesano, véanse algunas consideraciones en el libro de P. M. SCHUHL, *Maquinismo y filosofía*. Buenos Aires, 1955.

que el obrero gasta su energía en la producción económica, sin realmente estar convencido de haber empleado bien sus facultades y, desde luego, sin haber adquirido conciencia de libertad en la producción. Colocado en una situación de dependencia respecto de la máquina y de la organización técnica, su experiencia es una en la cual tiene pocas oportunidades de expresarse creadoramente. Se trata de una experiencia semejante a la de aquel individuo que, como ha indicado E. Fromm (13), mal puede escuchar a otros cuando apenas ha sido capaz de escucharse a sí mismo. Es decir, mal puede trabajar creadoramente quien no se ve a sí mismo como creador.

El hecho de que la estructura fabril resulte actualmente muy compleja y que esta complejidad se concentre procesualmente en menos máquinas que antes, hace que sea más difícil que nunca lograr una actuación integral del individuo en el trabajo. También el hecho de que sea menos accesible al obrero el comportamiento y manejo internos de la máquina determina que ahora sus sentimientos de responsabilidad sobre el proceso hayan disminuído.

Una de las ventajas del trabajo artesano, como del obrero en el pasado, era que la máquina tenía, en comparación, pocos secretos. El oficio, en cambio, tenía muchos y se aprendía frecuentemente por el procedimiento empírico de enseñarlo los padres a los hijos. Esta fórmula suponía la existencia de una estructura tecnológica muy humanizada, esto es, muy personal, pues los conocimientos se acumulaban en el individuo y no en la máquina. Debido a su relativa falta de instrucción teórica y a su aplicación manual, cada oficio planteaba un prolongado aprendizaje. Este comenzaba desde la infancia, cuando ya temprano el niño se identificaba con la persona y el *estatus* de su progenitor. Mientras la técnica todavía no lograba situar el proceso mecánico dentro de un ritmo de transferencia y disposición automática, la eficiencia productiva se fiaba, esencialmente, en el artesano y el obrero. El orgullo del oficio descansaba en la conciencia de que el

---

(13) *Ética y Psicoanálisis*. México, 1953; pág. 113.

conocimiento era laborioso e individual, lo mismo que el prestigio.

Correspondiendo con una estructura social donde la movilidad de *estatus* era mucho menor que la del presente, el oficio artesano ha tendido a ser, por lo tanto, una continuidad profesional de padres a hijos, continuidad que, en tiempos más lejanos, era reforzada por la estructura gremial que adoptaban los oficios. Una tal estructura bloqueaba el paso a la movilidad profesional, y esto también era posible gracias a los caracteres que asumía la técnica de producción industrial. En las fábricas cada puesto de trabajo podía ser prácticamente vitalicio, dado el arraigo y durabilidad del trabajador en un oficio y la estabilidad relativa de la tecnología.

Varias de esas características socio-sicológicas se han mantenido en las constelaciones profundas del trabajo humano, en particular dentro de aquellas industrias donde todavía no es fundamental el proceso de transferencia mecánica automática. Ciertas situaciones de frustración de la personalidad del obrero dentro de su trabajo se presentan, como ya vimos, asociadas con aquellos sistemas de maquinismo en los cuales la relación hombre-máquina es una donde el primero basa su actividad en la posesión de un dominio técnico secundario y, por otra parte, donde todavía sigue manteniendo respecto de la máquina y del trabajo una actitud artesana, esto es, un deseo de dominio integral sobre el proceso productivo. Esta contradicción entre la fase casi automática prevaleciente en la producción moderna y los deseos artesanos profundos del obrero, inspira un malestar individual permanente que no encuentra modo de resolverse en una acción creadora. Lo impide, en gran parte, el sistema mismo conceptual tecnocrático de considerar al obrero como un medio más de la producción.

Al disminuir la tecnología los oficios artesanos y su ideología, ha destruido también las solidaridades gremiales y los compartimientos estancos representados por el *estatus* profesional estratificado. La eliminación de estos compartimientos estancos ha coincidido con la apertura de un proceso histórico de gran fluidez y

movilidad profesional. En este sentido, el desplazamiento de los trabajadores de una rama industrial a otra, y de un puesto de trabajo a otro, no es ahora, técnica y profesionalmente, ningún obstáculo fundamental como lo era antes. Esto significa que existe una gran circulación de mano de obra y una cierta inestabilidad individual respecto de los puestos de trabajo. Empero, en cuanto al empleo de la fuerza de trabajo, esta absorción por la máquina de los procesos técnicos, antes principalmente humanos, y el rompimiento de esta estructura profesional cristalizada ha llevado también a una incorporación constante de peonaje, de individuos pobremente calificados, a la industria y a la producción. Es indiscutible, por lo demás, que tal movilidad ha servido para destruir las bases aristocráticas de la sociedad, haciendo a ésta históricamente más apta para cumplir las funciones sociales modernas, caracterizadas precisamente por una continua alteración de la circunstancia sociocultural.

El peonaje industrial, de extracción campesina, no hubiera podido efectuar una tan pronta incorporación a la vida urbana sin esta facilidad ofrecida por la técnica mecánica, casi autosuficiente, que se ha introducido en el proceso productivo. A este respecto, una condición que ha hecho posible el desplazamiento masivo del campesinado pobre a las ciudades y centros industriales ha sido precisamente la supresión de los linajes profesionales. Si nos atenemos a la gran movilidad tecnológica existente en la vida industrial moderna, la movilidad o flexibilidad adaptativa de la mano de obra viene a ser un elemento indispensable del éxito técnico de la industria. Sin embargo, esta misma facilidad para adaptarse técnicamente a la industria el peonaje, ha disminuído las satisfacciones individuales y los sentimientos de prestigio relativos a los grupos profesionales artesano y obrero. Esto es más cierto cuando se piensa en que la mayor parte de lo que se aprende en el trabajo relacionado con la manipulación de máquinas es conocimiento que no permite crear dentro del puesto de trabajo. En éste, cada individuo, cada obrero adquiere información, pero no decisión personal que no esté antes prevista en la máquina y en la mente del programador de producción. De este modo, el

obrero moderno, incluso siendo especialista poseedor de una buena preparación profesional, tiene frente a la máquina y frente al trabajo una muy pobre dimensión creadora.

Así, tenemos que la desaparición progresiva de la técnica personal y el comienzo de otra impersonal representada por la máquina personal y el comienzo de otra impersonal representada por la máquina, constituyen dos de los hechos distintivos de la vida y profesión del obrero. Este cambio ha supuesto en el obrero la formación de una crisis de interpretación de su trabajo. La comparación del trabajo obrero y la del artesano pueden ayudarnos mucho a comprender algunos aspectos de este problema.

El artesano tiene sobre el obrero la ventaja no sólo de su mayor independencia y libertad creadora, sino también aquella otra que resulta de estar siempre más arraigado con los intereses de la producción. En las fábricas de nuestro tiempo, el desarraigo del obrero respecto de estos intereses es profundo y trasciende los aspectos económicos y sociales del individuo. El obrero, como los demás hombres, siempre ha sido problema para sí y para los otros, y por lo mismo ha sido objeto de atención de su circunstancia. Pero difícilmente había entrado en el pasado a ser objeto de una racionalización del trabajo tan sistemática y científica como lo es ahora. Sin embargo, nunca fué tan dramática su encrucijada, aquella encrucijada que se refiere a encontrar un punto justo de acomodo. Nunca tanto como ahora se había sentido, por otra parte, más capaz que hoy de librar una batalla más inteligente por su libertad.

No obstante, el dramatismo de su encrucijada consiste en que, al igual que la máquina, también en las fábricas entra dentro de los planes de racionalización y programación del trabajo. Lo malo de ser objeto de programación no es convertirse en parte del proceso productivo, sino en serlo sin, por otra parte, participar él mismo, como obrero, en la racionalización de su trabajo. El obrero, en esta racionalización de que hablamos, viene a ser considerado un medio más de esta producción, y su actividad se pretende orientarla hacia el propósito de lograr de él una mayor eficacia productiva.

En las fábricas de nuestro tiempo, la preocupación que pueda merecer un obrero está relacionada, como hemos dicho, con la productividad como objetivo último. Algunos técnicos en relaciones humanas también han caído en la ideología tecnocrática, cuando parecen relacionar el pragmatismo de su racionalización con éxitos basados únicamente en éxitos productivos. El fin parece consistir en hacer producir mejor a los hombres y tenerlos, a la vez, *satisfechos*. A menudo, esto se considera un logro importante, y no parece haber grandes dificultades en conseguir buenos resultados en este sentido, pero no es menos cierto que estos resultados nada tienen que ver con un deseo integral de que los individuos en quienes se obtiene sean mejores como hombres, sino más bien de que sean mejores como productores, o sea, como individuos vistos en relación con un puesto de trabajo.

Para muchos de estos técnicos en relaciones humanas tener satisfecho al obrero no significa, necesariamente, estar interesado en este obrero como hombre, sino estar interesado en que este obrero se sienta *satisfecho* para que rinda mejor. La idea prevalente en esta intención es la de contar con un medio —el obrero— que debe ser cuidado para un fin: la producción. El hombre en sí que es el obrero, no es función última del sistema.

Todo esto nos lleva a una consideración. El obrero sufre, no por su condición de asalariado que no posee los medios de producción. El problema contemporáneo es mucho más complejo, en tanto estos medios son cada vez más difíciles de poseer individualmente. El sufrimiento parece relacionado, entre otras causas, con el hecho de no sentirse importante en la vida creadora, con el hecho de no ser en ésta un miembro participante decididor de su propio destino y el de su grupo más amplio de referencia nacional. En la vida laboral su sufrimiento tiene que ver, por una parte, con una falta de integración con los intereses del sistema productivo, y por otra con el enorme vacío de individuación que resulta de no participar integralmente en la concepción de su vida profesional. La degradación del impulso creador obrero constituye, por lo tanto, un síntoma específicamente relacionado con la crisis de integración humana que vive la sociedad contemporánea.

nea, que en este caso es más grave en el obrero debido a que es el sujeto de mayor desarraigo y el de menor oportunidades para dominar suficientemente su circunstancia laboral.

Esto se complica mucho más cuando pensamos en el hecho de que la inteligencia obrera está siendo orientada hacia la adaptación a la máquina. Es una inteligencia destinada a satisfacer adaptaciones que eliminan la noción integral del trabajo. Tenemos, así, que una condición obrera económicamente superior a la del pasado, no está correspondida por un ritmo igual de superación en lo psicológico. Se plantea, por lo tanto, que conforme se avanza en la programación de sistemas formales de trabajo, la uniformación de la conducta profesional obrera quita a ésta individuación. Los efectos de esta programación entran por la vía de un cierto mejoramiento objetivo del trabajo que, sin embargo, tiene poco que ver con el arte de vivir (14). Este tiene pocas oportunidades de consumarse, precisamente porque en su logro no parte el ser humano del conocimiento de sí mismo, algo que en el obrero es más dramático a causa de limitarse su acción social.

Aquí no se pretende pasar por alto la formidable contribución de la tecnología moderna al bienestar humano, sino poner de manifiesto que el obrero que maneja esta tecnología en las fábricas carece de poder de creación sobre la misma, y que bajo este rubro de insatisfacción se acoge la personalidad de un individuo que es ineficiente consigo mismo. No se trata, por ello, de una insatisfacción referida sólo a la de un individuo que fracasa en la búsqueda de más dinero, sino de un individuo que pretende orientarse creadoramente dentro del sistema y no encuentra facilidades empíricas para lograrlo.

En la situación tecnológica que comentamos debe registrarse otro fenómeno importante: el costo de las máquinas se ha elevado a niveles muy altos, y hoy la inversión hecha en técnica material es mucho mayor que la dedicada a la técnica humana. La movilidad tecnológica juega un papel sumamente peligroso para las inversiones, pues muchas de éstas tienen que correr el riesgo

---

(14) Véase la problemática de esta cuestión en E. FROMM, ob. cit., páginas 160 y ss.

de encontrarse anticuadas antes de haber efectuado su amortización. Con respecto de la mano de obra calificada, ocurre un hecho semejante, pues esta movilidad tecnológica tiende a producir una constante inestabilidad y descolocación del conocimiento especializado.

Los aspectos puramente tecnológicos y las inversiones anejas constituyen, pues, una preocupación fundamental en los medios inversionistas, y tanto el envejecimiento relativamente temprano de las máquinas, como su misma complejidad, representan formas determinantes que ponen en situación secundaria el papel del obrero en la vida fabril contemporánea. Este papel técnicamente subordinado del obrero en la producción aumenta su valor estimativo, sólo cuando se convierte en factor de presión contra los intereses de la empresa. Entonces la preocupación de la empresa por el factor obrero es muy grande, pero no se refiere tampoco esta preocupación al ser-hombre del obrero, sino al ser-obrero como grupo de subversión o de molestia.

En todo caso, en la industria moderna el factor obrero queda ante el factor máquina, y sólo alcanza estimación de extraordinariedad cuando los problemas sociales del obrero como grupo representan una fuerza de presión de ruptura de la estabilidad de la empresa. El factor obrero, entonces, representa un *caso social* más que *humano*, y a despecho de la solución que se dé al *caso social*, ocurre que el *caso humano*, el de la integración profunda del hombre con la producción, viene a quedar en situación marginal. La consideración tecnocrática y económica del *caso social*, orientado todo ello a la productividad material, es lo que tiene permanentemente planteada la deshumanización del trabajo industrial. No es, en este sentido, que la aliviación del esfuerzo humano realizado por la máquina sea en sí deshumanizadora. No; lo que ocurre es que esta máquina incorpora una concepción que desmerece el papel intrínseco del obrero en la productividad.

Cara a su situación puramente creadora, el dilema del trabajo humano no consiste sólo en disponer o no el hombre de los medios de producción que emplea, ni en lograr mejores salarios y beneficios materiales, o mayor seguridad física y social. Esto es

muy importante, pero no suficiente. El problema está representado por una ecuación más amplia en la cual el factor psicológico de la creatividad individual debe formar parte de una estructura y concepción integral del trabajo humano (15). En cuanto a éste, el problema estriba en mantener la dignidad creadora de la vida humana en la producción económica, dando al trabajador un lugar en la concepción y programación de máquinas y productos, así como en la organización de la vida fabril.

La dificultad última consiste en superar el concepto de productividad basado en cuidar el material humano considerándolo como una función de la misma, y no en función de ser el hombre mismo la finalidad suprema y decisiva de esta producción. La humanización de las condiciones del trabajo industrial —como de cualquier otro— debe ser también un objetivo que trascienda de un propósito puramente formal, para convertirse en propósito profundo de la ideología técnica contemporánea. Así, esta ideología debe seguir contribuyendo, como hasta ahora, a la organización y perfeccionamiento del ambiente objetivo material del trabajador, pero también resulta indispensable que las máquinas que inventa el ingeniero y la organización del trabajo que estudia, sean factores suficientemente estimulantes como para que el obrero no sienta sumergida su personalidad dentro de objetivos a-humanos, sino, todo lo contrario, para que tanto la máquina como la organización y disposición del sistema productivo sean más bien factores capaces de avivar el sentido del esfuerzo creador en el obrero, a través de una estimulación de su inteligencia crítica. Asimilar conocimientos no debe significar sólo adaptación a finalidades ajenas a uno mismo, sino preparación para superarse dentro de una tarea común.

¿Cómo conseguir, entonces, un mejor sentimiento creador en el trabajo? Sólo integrando a los hombres que intervienen en la producción en un gran equipo fabril, creador en cuanto a su

---

(15) Hemos planteado la cuestión del concepto integral del trabajo humano como problema, en nuestro ensayo *Hacia una antropología industrial*. México, 1956. «Comercio Exterior», agosto, págs. 382-385.

oportunidad de plantear problemas, de indagar y resolver en las dificultades de su trabajo, y de adoptar decisiones no automáticas a lo largo de su relación con los hombres y con las máquinas. Una evolución inteligente, por lo tanto humana del trabajo, sólo puede pensarse haciendo que la técnica sirva para hacer pensar y vivir mejor a los hombres que se sirven de ella, especialmente haciendo que sus sentimientos permanezcan bien abiertos a la participación integral en el trabajo. Lo peligroso sería llegar a la conclusión de que nada se puede hacer ya para detener la acción sometedora de la máquina contra la acción creadora del obrero. Como advierte Schuhl (16), nada sería peor que edificar una dialéctica tecnocrática, según la cual la máquina tiene leyes propias sobre las cuales el hombre carece de poderío.

Desde luego, esta circunstancia ideológica podrá remontarse, trascenderse, cuando sobre el panorama laboral exista una concepción integral superior a su específico planteamiento pragmático, utilitario. Y, aquí, la actividad creadora de cada hombre es lo que será necesario proteger y cuidar en el futuro, como el maestro y el buen padre hacen con los niños: abriéndoles el camino para que sean ellos mismos, con su personalidad y su vida propia, sin que sean enajenados. Evitar la despersonalización del trabajo es, entonces, evitar su deshumanización. Dar al trabajo una vida integral, es sumamente difícil, pero esta es la tarea que debe sustanciar toda programación del mismo.

CLAUDIO ESTEVA FABREGAT

---

(16) Cfr. ob. cit., pág. 17.

